

María Aldaya

Grecia y Atenea



QUISIERA dedicar unas páginas de afecto y homenaje a un noble pueblo: Grecia, y me es grato hacerlo precisamente desde esta revista que, ya desde su nacimiento, lleva implícito el nombre de «Atenea» un homenaje semejante. Atenea, la diosa que representa con más pureza el fino espíritu griego; ella simboliza las Ciencias, las Letras, las Artes, la inteligencia, en suma, por eso nació un día del cerebro de Júpiter. Desde entonces reinó en la Acrópolis, protegió con mirada benévola su bella ciudad de Atenas. Y Atenas fué el centro del saber más asombroso.

Esto fué ayer. Por el dulce suelo de Grecia, la guerra de invasión asoma hoy su faz descarnada, con su inescrupulosa, con su característica siembra de muerte sobre ciudades indefensas. A mí me atrae el digno porte, el heroísmo que Grecia mantiene frente al agresor y no resisto a la tentación de recordar algunos aspectos de lo que debemos a este inteligente pueblo educador del resto del mundo.

En Grecia nacieron todas las grandes ideas que son hoy esenciales en nuestra civilización: el arte, la ciencia, la filosofía, la ley, la patria; y nacieron con un típico aire juvenil y deportivo. El griego se colocó ante el mundo sintiendo la sana alegría de contemplarlo y decir cómo era. Alegría de vivir es su ideal de «mens sana in corpore sano», alegría de vivir de acuer-

do con su razón nada vulgar y con su sentido exquisito de la belleza. Juventud fecunda en todas sus manifestaciones.

Los romanos, que conquistaron más tarde el mundo, no fueron, en rigor, sino discípulos de los griegos, y fué la civilización griega la que penetró en los pueblos detrás de las legiones romanas.

Esta civilización la resumía Atenas, capital del Atica, donde se verificó el nacimiento de otro gran hecho que por su trascendencia y actualidad, vamos a destacar con preferencia: me refiero a la fundación de la democracia.

Fueron los atenienses quienes, por primera vez, ofrecieron al mundo el espectáculo de un pueblo que se gobernaba por sí mismo. Tras pasar la autoridad de manos de los reyes a las de los nobles y de éstos al pueblo, se estableció una forma de gobierno libre que llamaron «democracia» y que, no por azar, coincidió con el esplendor de Atenas. Observemos que este pequeño país cuna de la civilización, tuvo, necesariamente que ser también cuna de la libertad,

Aquella nueva y bienhechora organización política fué la obra de Solón, el hombre que pasaba por ser «el más bondadoso y amable de los griegos». Solón—en cuya interesante personalidad con gusto entraríamos aquí en detalle—entre otras cosas, hizo poner en libertad a los reducidos a esclavitud por deudas, prohibiendo que el acreedor pudiera en adelante apoderarse de la persona del deudor; dió a los campesinos la propiedad de una parte de la tierra que exclusivamente pertenecía, hasta entonces, a los nobles; con este aumento del número de propietarios estimuló la actividad de cada uno y consiguió que el país, de por sí poco fértil, produjera más; suplió los insuficientes recursos agrícolas favoreciendo el desarrollo de los oficios; creó industria, comercio y marina. Los extranjeros llegaban a ser ciudadanos con la curiosa condición de que llevaran al Atica una industria que fuere desconocida allí. Así se multiplicaron las fábricas de muebles, de tejidos, de armas, las alfarerías; Ate-

nas, antes pequeña y pobre. Llegó a alcanzar gran prosperidad y sus productos fueron famosos por su elegancia.

Solón dió, además, una constitución. Y así fué cómo, en lo sucesivo, nada se hizo en Atenas que no fuera en virtud de la voluntad de todos, expresada en la Asamblea Popular, que se reunía en la plaza pública o Agora; ella elegía los magistrados—o arcontes—los miembros del Senado, votaba las leyes...

Con todo, sobrevino una crisis política provocada por Pisístrato, el ambicioso, que, apoderándose de la ciudad, se convirtió en verdadero rey. Su gobierno se llamó «tiranía», palabra con la que designaban los griegos, no un gobierno cruel, pues Pisístrato conservó la constitución de Solón y gobernó con bondad, sino todo poder usurpado y toda autoridad real ejercida por un hombre que no era rey de nacimiento.

Sus hijos, Hippias e Hiparco, le sucedieron. Pero la tiranía resultaba opresiva para los atenienses; dos jóvenes, Harmodio y Aristogitón, mataron a puñaladas a Hiparco en una fiesta; Hippias, que libró la vida, tuvo que salir de Atenas. Los asesinos fueron condenados a muerte; pero los atenienses exaltaron después su memoria convirtiéndolos en mártires de la libertad; su gloria se cantó en las fiestas, se les honró con estatuas. «Semejante apología de un asesinato, dice un historiador, prueba hasta qué punto se había desarrollado en el corazón del pueblo ateniense la pasión de la libertad». Pasión que fué el fundamento de su magnífica grandeza y que — justo será reconocerlo— perdura hoy en la conducta heroica y en la gallarda actitud del pequeño país mediterráneo donde la libertad vió por primera vez la luz.

He aquí como nuestro concepto de democracia es una aportación genuinamente griega, y la tiranía, llaga con la que hoy se debate el mundo, consciente del peligro que para la existencia de la civilización, e incluso de la Humanidad como tal; significa, es llaga en que, por primera vez también, puso Grecia el dedo. Y la curó, como siempre, con agilidad elegante:

La tiranía de Pisístrato fué causa de que Clístenes completara la constitución estableciendo el «ostracismo» o voto de las conchas—por oposición a otras maneras de votar levantando las manos—. Cuando un ciudadano amenazaba llegar a ser demasiado poderoso o turbaba el orden de la ciudad, la Asamblea del Pueblo podía decidir, como medida de prudencia, que viviera lejos de Atenas durante diez años. Este destierro resultaba de una votación en que cada ciudadano inscribía su voto en una concha.

Lo demás... todos sabemos la historia de Grecia. Yo sólo quería recordar cómo el fundamento de su superioridad estuvo en poner muy alto, por encima de todo, el respeto a sí mismo y el respeto a las leyes.

Pido excusas al lector por el examen unilateral que acabo de hacer de un solo acontecimiento en esta civilización que es múltiple, por esencia, y que llegó a cumbres insospechadas en todas las manifestaciones del espíritu. A continuación doy algunas impresiones directas, y ya lejanas, de lo que vi en mi viaje por tierras de Grecia.

Julio de 1933.

Navegábamos por el Egeo; las islas se hacían numerosas, las pasábamos muy cerca entre alegres rizos de mar. En el alto borde de algunas de ellas se destacan las columnas en rectángulo de un antiguo templo. ¡Cómo perdura, dorado y esbelto, asomado a los azules!

Empezamos a percibir Atenas... Sobre la ciudad, la Acrópolis como una joya; el Partenón, bañado de sol, es aún impreciso; la impaciencia se hace insostenible y da en nosotros saltos de júbilo. Entramos en la bahía de Falero.

No olvidaré nunca aquella primera tarde de Acrópolis. Subíamos por el camino asfaltado; venía una brisa agradable. Los arbolillos trepaban también, olorosos y pequeños, hasta los

pies de piedra de las sagradas ruinas. Ellas, en lo alto de la colina, imponen, hechas una corona de gracia.

Los Propileos, pórtico monumental, dan entrada al recinto; firmes, bellos, grandiosa su destruída escalinata. El sol, muy rubio, se sienta en sus piedras. A un lado, levantado y aéreo, el templo diminuto de la Victoria Apteros.

¡El Partenón! Es la hora última de la tarde; hora de palideces rosadas. La luz cayendo calentita, suave, como un manto, sobre los mármoles, los colorea de un tostado inexplicable. Aquel Partenón que asomó a nuestras almas asombradas me hizo sentir una de las emociones más intensas de mi vida. Pensé que las reproducciones olvidaban la tarde y la hora, el lugar la luz que emana.

Es pura estética; belleza plácida. El Partenón es una idea equilibrada en una forma; es lo bello, la serena belleza lograda.

En otros pueblos apasiona su arte el dramatismo; porque hay en ellos el poderoso anhelo de belleza. Ella íntegra está aquí, en este templo asombroso levantado a la diosa Atenea. No se pega demasiado a la tierra, ni escapa de ella; no es pesado, tampoco aéreo. Firme, fuerte, arrogante, erguido, el Partenón será eterno en su justa medida.

Surge a la luz en lo alto de esta Acrópolis. A los pies, Atenas ceñida de mar. Tibia colina de dioses-hombres; de una generación de hombres como dioses. Sus mármoles, rayos de luz rosada y amarilla; el aire puro; el cielo mate; el mar con plata...

Cuando la tarde muere y el sol va a hundirlo el mar en sus cristalitos de agua, yo invitaría a todo mortal, para que fuera feliz, a mirar de dulzuras besado el Partenón, ponerse rojo, luego pálido, de luz y fuego, amarillo, después, obscurecido y tostado.

Gracia ilimitada de este templo sin rigidez, sin austeridad; risueña y justa, serena, perfecta. Gusto exquisito de un pue-

blo que dedica a los dioses la belleza de una colina tibia y tierna de dulces brisas.

A la derecha, el Erecteion alarga sus jónicas columnas, demasiado estiradas, muy estrechas, aún cuando tenemos tan cerca la imagen poderosa del Paternón. Columnas débiles, con gracia femenina. Pegado a sus muros, admiramos el pequeño templo de las Cariátides; ellas reemplazan a las columnas; jóvenes, frescas, doblan de peso la cabeza y avanzan. Son seis muchachas, dulce su belleza; serena y dorada.

Miramos abundantemente, ahora al sol hundiéndose con gritos rojos y llamas; luego al Partenón, tan armonioso, tan bello que parece que se transfigura y canta... Viene una brisa azul, desvanecida y pálida.

Esta colina de dioses ahonda versos en las almas.

* * *

A los pies de la Acrópolis perdura el Odeón romano de Herodes Atico. Es firme, espeso; teatro con graderías, el espectador es el tiempo. Allí sentados, vimos una representación en griego. Oímos a Electra, de luto, lamentarse y llorar sobre la tumba de Agamenón, su padre. Había luz de crepúsculo; Eurípides avanzaba en su tragedia. Venían finos latidos de lira, de cítara, de flauta...

* * *

El templo de Tesco está solo, bajo la Acrópolis; sin mutilaciones. Lo contemplamos bien. Posterior al Partenón; su construcción es perfecta; sin embargo su línea y sus proporciones no vibran en esa belleza luminosa, rubia, que en el Templo de Minerva va esparciéndose en ondas que se agrandan hasta invadir el cielo y el mar, la ciudad, el aire, incluso las almas.

* * *

El Museo Nacional de Atenas, importantísimo para el estudio del arte clásico; la ciudad amplia, clara, el ambiente cordial y alegre de sus calles nuestra visita al Cerámico. las tardes incomparables de la Acrópolis, los guardias con pollera .. todo desfila ahora ante mí, con presteza, con arrogancia, con la vida de lo que se ha vivido. Después, todo se coloca de nuevo y mejor en un lugar de mi mente, no aquí, sobre el papel, que ya se cansa. Apuntaré, no obstante, la nota cómica de aquel muchacho que los estudiantes de Atenas presentaban a los turistas, con fino humor, como el Hermes de Praxiteles viviente; él, que poseía una nariz clásica y una cabeza bastante griega por fuera, pero totalmente hueca por dentro, se nos exhibía tomando su papel completamente en serio.

* * *

Excursión a Eleusis. Vamos por un camino apacible entre colinas bajas y verdes: sombra y olor a pinar. Llegamos a las ruinas. En la entrada había dos arcos de triunfo; Los Propileos decorados con grandes medallones; luego el templo de Artemisa; después el de Eleusis...

* * *

En el lugar de los famosos misterios no hay hoy, sino mármoles rotos en el suelo, con mucho sol.

El templo de Plutón, monarca del imperio de los muertos, que reina en las entrañas de la tierra; el de Demeter, su esposa, que encarna la fecundidad del suelo; templo de Proserpina, su hija, diosa de la savia que sube. Piedras... siempre piedras cargadas de recuerdos y leyendas fraguadas por aquel pueblo de artistas.

Ante nosotros se tiende el golfo, inmóvil y azul. La isla de Salamina — muy bella — tapa su entrada. Lugar glorioso que evoca la gran batalla contra los persas.

Caminamos hacia la capital. Se ha puesto el sol; los montes, como dos brazos que estrechan el golfo, quedan siluetados de gris y azul. Las aguas son violeta; parecen de un gran lago color de noche.

Todo en calma. Es la hora bellísima de los difuminados.

* * *

Ultima tarde de Atenas. Van a iluminar la Acrópolis en nuestro honor. Desde un monte próximo—el Filopapo—la miramos densamente; el cielo es diáfano, muy leve, con últimas claridades rosadas. En la sagrada colina hay una palidez maravillosa. Ya se pierden en sombra las líneas; los templos se adivinan vagamente. Al Partenón, solo, separado y más alto, todavía se le siente. Y, de pronto, se rompe nuestro recogimiento con una luz muy blanca que ilumina la Acrópolis. Encendida, parece un plato de confitería en lo alto de la noche. No obstante, muy bella. Finalmente queda en tinieblas.

Dejamos el Pireo lentamente.

* * *

Hemos navegado hasta las costas del Peloponeso.

Puerto de Nauplia. Tomamos un tren hacia Micenas. Hasta la ciudad descubierta hay que andar, en cuesta, unos cuantos kilómetros. El paisaje con sol y calor, nos es familiar; montes y olivos; a veces, plantaciones de tabaco. Caminamos por el camino largo. Llegamos a una gran tumba circular; es la de Clitemnestra y Egisto. Cerca está la ciudad y la famosa Puerta de Micenas con los dos leones levantados en triángulo. Simbolizan el poder de dos familias,

Dentro, seis tumbas reales, de anchos muros. Fué este el gran descubrimiento de Schlieman en el año 1876.

Del palacio de Agamenón, queda un patio y un recinto con restos de cuatro columnas; en el centro de ellas estaría el fuego sagrado.

Toda una antiquísima civilización sacada a la luz del sol en sus ruinas.

* * *

Excursión a Epidauro. Un teatro griego del siglo IV; magnífico en su conservación. Obra monumental; arquitecto, Policeto el Joven. Graderías hasta muy alto; desde la cumbre, asistimos casi a vista de pájaro, al círculo perfecto del escenario. Sirve de decorado un paisaje apretado de olivos, álamos y monte verde.

Siempre en Grecia nos maravilló, ante todo, el lugar lleno de poesía que elegían los griegos para sus obras.

Epidauro se invade del ruidito caliente y metálico de las cigarras. Viene una brisa dormida.

En el pequeño museo, vemos restos de los templos, en partes reconstruídos, y estatuas.

Paseamos por la ciudad en ruinas: mármoles soleados, muros que nacen derruídos. Y esto, dicen, era el Gimnasio; lo otro, un templo; más lejos, un gran criadero de serpientes sagradas...

* * *

Hemos pasado, lentamente, el Canal de Corinto, de altas, rectas paredes cortadas.

Llegamos a Itea. Desde allí unas viejas camionetas saltan y trepan con nosotros hasta Delfos, célebre por su oráculo. Delfos está en un alto, rodeado de montes inmensos, verdes. Entre ellos y el valle se levantaron los famosos templos, el teatro y el estadio, consagrados a la divinidad.

En medio de esta naturaleza imponente; aquí, entre estas montañas terribles y bellas, reinó Apolo, el que venció a la serpiente Pitón que desolaba los alrededores de Delfos, el que enseñó a los hombres las dulzuras de la poesía.

Un caminito blanco, finísimo, en zig-zag por el monte, se me antoja un rayo de Zeus incrustado.

En el pequeño museo admiramos el auténtico Auriga de Delfos, recto y hermoso, sobrias las líneas del rostro.

La fuente Castalia nos da su fresca corriente, temblorosa y clara. Bebemos. Sale asustada de un gran monte cortado a pico; luego se tiende en el suelo y es un hilito fino, alegre, muy frágil.

Subimos por la vertiente. Encontramos el gran templo de Apolo; el teatro, otros templos; todo, piedras destruídas. Subimos más alto, siempre más alto, al fin, el Stadium; siguen en pie sus graderías. Aquí, tan en la cumbre, encaramaron los griegos sus atletas y sus famosos juegos que el país entero seguía con verdadera pasión.

La vuelta es magnífica. Bajamos, rápidamente, una carretera doblada en curvas; abajo, un gran manto espeso, verde olivo. ¡Sientan tan bien los olivos a este cielo y a esta luz de Grecia!

* * *

Puerto de Catácolo. Un tren a Olimpia.

En un museo formidable encontramos los dos frontones monumentales del Templo de Zeus: uno, la lucha de los Centauros con los Lapitas: en el centro, Apolo; en el otro, Oenomaos y Pelops se preparan para la carrera. Un frontón en movimiento: el otro en reposo. Todavía inexpresivos, son, sin embargo, obras vigorosas, en armónica composición. Y algunas figuras de mujeres lapitas son muy hermosas. Frontones aun rudos, arcaicos. Poderosos y simples. Hay algunos fragmentos de metopas muy bellos.

He aquí la Victoria de Peonios, alada, de paños que vuelan.

En el mismo museo, el auténtico Hermes de Praxiteles, de un mármol brillante y finísimo. Es un dios hermoso, redondeado, suave; quizá demasiado suave, pero bellísimo. En su rostro hay reflexión intensa, e indudable vida espiritual.

Unas horas de contemplación y belleza entre estas suaves colinas llenas de pinos que perfuman y cipreses que en este país son árboles alegres.

Sol y azul. Cae de la mañana, con peso, como una lluvia que aplasta, un canto caliente, adormecedor, de cigarras. Es la Grecia armoniosa, tan risueña, la que aquí en Olimpia, hecha toda ruina, canta.

De aquel estadio famoso no quedan ni las huellas. En el lugar de los Juegos Olímpicos, contemplamos hoy un campo rubio de trigo segado.

El templo de Zeus, las grandes construcciones de esta arquitectura griega, que es belleza en sí, hoy son piedras doradas, piedras que hay que levantar con el pensamiento y revivir. Junto al Templo, un olivo; es el mismo árbol sagrado del que coronaban a los vencedores en los juegos. ¿Por qué es aquí todo tan joven? Me han venido a la memoria los viejísimos, retorcidos, olivos atormentados del Huerto de Getsemani, en Jerusalén.

En Grecia, las plantas, como el pensamiento, no envejecen. Una filosofía y unos hombres siempre jóvenes. Así Olimpia, consagrada a Zeus poderoso y terrible, pudo ser risueña, suave, verde y alegre, y la simboliza este eterno olivo sagrado.

En esta visita rápida al país que tanto placer nos proporcionó, todo nos resultó, desde un primer momento, familiar; el paisaje, las ciudades, la gente. Pequeño país de lo risueño. Grecia cordial.

Definitivamente dejamos sus costas. Navegamos hacia Sicilia.